

Lago Awe, suroeste de Escocia Verano de 1603



Si había algo que Galen Shaw reconocía, era la magia. Y solo había una razón para que existiera esa magia: los druidas.

Sonrió, miró a su compañero, Logan Hamilton, y se dio cuenta de que estaban cerca de los druidas. Muy cerca.

Logan y él parecían simples viajeros, aunque en realidad eran guerreros, seres inmortales con dioses primitivos encerrados en su interior.

Todo empezó siglos atrás, cuando Roma invadió Gran Bretaña. Los celtas, incapaces de derrotar a los romanos, habían pedido ayuda a los druidas. Como respuesta, estos invocaron a los antiguos dioses enterrados en las profundidades del infierno, dioses tan sanguinarios y depravados que el mismo demonio los tenía confinados.

Una vez liberados, escogieron a los guerreros más fuertes de cada clan y se mezclaron con ellos, convirtiéndose en un solo ser. Una vez unidos con los dioses, los guerreros, ahora inmortales, tenían poderes que los hacían imparables. Implacables. Sanguinarios.

Los romanos asumieron la derrota. Sin embargo, después de que estos se marcharan, los druidas fueron incapaces de separar a los dioses de los hombres, por mucha magia que emplearan. Lo único que pudieron hacer fue dormirlos para evitar que dominaran a los guerreros.

Pero el infinito poder de los dioses les permitió pasar de generación en generación, escogiendo siempre a los guerreros más fuertes y valientes. De esa manera esperaban el momento en el que pudieran volver a recorrer la tierra como conquistadores.

Así fue hasta que una druida malvada, una drough llamada Deirdre, empezó a liberar a los dioses, convirtiendo a hombres en guerreros. Galen y Logan, al igual que otros guerreros, luchaban contra Deirdre y su intento de dominar el mundo.

Los guerreros del castillo MacLeod habían tenido suerte. Habían matado a la drough o, al menos, eso habían creído, aunque su magia negra había sido más fuerte de lo que pensaban. Seguía viva, y por eso Galen y Logan estaban buscando a un grupo de druidas que podría tener la clave para sacar a la luz una antigua reliquia que podrían usar contra Deirdre.

—La magia se está haciendo más fuerte —dijo Logan. Se adelantó a Galen y subió a lo alto de una colina.

Galen se frotó la cara con una mano y suspiró. Llevaban días viajando y, gracias a su velocidad sobrenatural, habían avanzado el doble de lo que habría hecho un mortal. Pero eso no impedía que sintiera un desasosiego que le aguijoneaba el alma.

No pudo evitar pensar que estaba a punto de ocurrir algo importante y crucial. No sabía si a él, a Logan o a sus esfuerzos por obstaculizar a Deirdre.

Y eso era lo que más le molestaba.

Logan se detuvo al llegar a la cima y dejó escapar un silbido prolongado lleno de placer y asombro.

Galen caminó a grandes zancadas, apresurándose a llegar junto a Logan. Se paró a su lado y observó la belleza natural escarpada y agreste que se extendía ante ellos.

—No me extraña que llamen a este lago «Awe» —murmuró.

Conocía muchos lugares en Escocia, pero nunca había contemplado el espectacular panorama del lago Awe, que significa «asombroso». Su grandeza lo hacía sentir... intrascendente.

Admiró las laderas, cuyo color verde brillante se mezclaba con el marrón de la tierra. La hierba, de un verde intenso, armonizaba maravillosamente con el verde oscuro de las copas de los árboles que cubrían las empinadas laderas. A sus pies se extendían las aguas de color zafiro del lago, largo y estrecho.

Galen suspiró, bebiéndose con la vista aquel esplendor tan espectacular. En algunos lugares el agua estaba lisa como un cristal y, en otros, rizada por la brisa. Desde aquel punto elevado podían admirar todo el lago.

Los bosques que cubrían las laderas eran densos, unos escondites perfectos para los druidas que intentaban sobrevivir lejos de las garras de Deirdre. Las aguas tranquilas estaban salpicadas por varias islas pequeñas, y en una de ellas incluso había un castillo.

Aunque Galen sabía que tenían que encontrar a los druidas, no podía moverse. La majestuosidad del lago lo había dejado embelesado, cautivado. Fascinado.

—Es impresionante —murmuró Logan—. Todo es tan tranquilo, tan sereno... Todo lo contrario de los acantilados y las olas rompientes del castillo MacLeod.

Galen apartó la vista del lago y giró la cabeza hacia su compañero. Logan siempre estaba sonriendo y bromeando, así que era raro verlo tan serio. Como respuesta, Galen se limitó a asentir.

—Galen —susurró Logan en voz baja con precaución.

El aludido se tensó inmediatamente.

—Sí, lo noto. Otra vez.

Varios días después de salir del castillo MacLeod, habían empezado a tener la inquietante sensación de que los estaban observando. Y no era una sensación cualquiera, porque había magia involucrada.

Y la estaban sintiendo de nuevo. Aunque se trataba de una magia distinta a la de los druidas que buscaban, era magia al fin y al cabo.

—¿Crees que es Deirdre? —A Logan se le tensó un músculo en la mandíbula al pronunciar el odiado nombre.

Galen se giró y miró detrás de ellos. Se fijó en todos los detalles, buscando algo o a alguien que tuviera magia. Solo había campo y un halcón peregrino sobrevolándolos.

Se fijó en el ave rapaz, con su inconfundible vientre de color blanco y pizarra, y volvió a girarse hacia el lago.

—Sigo sin poder determinar de dónde proviene, pero si hay una posibilidad de que sea Deirdre, debemos andar con cuidado.

—Estamos cerca de los druidas. Su magia está por todas partes. No quisiera que fuéramos los responsables de guiar a la drough hacia ellos.

Su poder permitía a los guerreros sentir la magia de los druidas. Cuanto más fuerte era la magia, más fuerte era el druida.

El grupo que Galen y Logan estaban buscando se había estado ocultando durante décadas, o incluso más tiempo. Deirdre, a pesar de ser una druida, no se molestaba en preocuparse por la continuidad de la magia; prefería buscar y matar a los demás druidas. Después de arrebatárles la magia, por supuesto.

—Si nos fiamos de lo que Isla nos dijo, Deirdre está viva, aunque no tiene forma. Estará intentando descubrir una manera de recuperar su cuerpo y su magia.

Logan se rascó la mandíbula con aire ausente y apretó los labios, frustrado.

—Y eso significa que estará buscando a un druida. Lo comprendo. No podemos demorarnos. Es que odio sentirme vigilado, sobre todo por algo que no puedo ver ni a lo que no me puedo enfrentar.

Galen lo comprendía muy bien. El deseo de luchar y de derramar la sangre de sus enemigos residía en su naturaleza, debido al dios que llevaban dentro. Algunos guerreros controlaban su carácter sanguinario mejor que otros.

Por lo que sabía, Galen era el único guerrero que deseaba reprimir a su dios y olvidar sus poderes. Ningún guerrero lo entendería, aunque ninguno había sufrido tanto como él por el poder que le otorgaba su dios.

Ser incapaz de tocar a alguien sin ver sus pensamientos era un triste destino. No quería saber lo que había en la mente de sus amigos.

Y su poder iba aún más allá. Una vez había controlado la mente de otra persona, y eso le había costado parte de su alma.

Apartó a un lado la frustración que le producía su poder y se centró en la misión. Sacó el mapa que había dibujado Ramsey, otro guerrero, y lo comparó con el lago. Miró hacia el lugar en el que Isla les había dicho que encontrarían a los druidas.

Logan miró el mapa.

—¿Crees que estarán donde ha dicho Isla?

Galen se encogió de hombros. Isla era una druida a la que Deirdre había utilizado, obligándola a convertirse en una drough para salvar a su familia. Había encontrado refugio en el castillo MacLeod y, de hecho, les había hablado de la reliquia. Como se había convertido en una drough contra su voluntad, el mal no había podido controlarla, y eso hacía de ella la mie más poderosa, o druida pura, que conocían.

—Creo que los druidas estarán cerca de donde dijo Isla. Encontrarlos será lo complicado. —Galen enrolló el mapa y señaló con él la parte más alejada del agua—. El lugar está allí. Tendremos que rodear el lago.

A Logan le cayó sobre los ojos un mechón de cabello castaño dorado. Se lo apartó de la cara y se encogió de hombros. Sus ojos de color avellana brillaban de entusiasmo, traviosos.

—¿Estás seguro de que no quieres nadar un poco?

Galen se rió entre dientes y sacudió la cabeza mientras se guardaba el mapa en la cintura del tartán. Conocía a Logan desde hacía años y, durante ese tiempo, habían hecho muchas cosas juntos.

—Vamos, viejo —bromeó Logan—. No creo que la corriente sea demasiado rápida para ti. Solo tienes doscientos cincuenta años, puedes hacerlo.

Con ciento quince años, Logan era el guerrero más joven. Solo había una persona más joven que él, Larena, y era la única mujer entre todos los guerreros. Además era la esposa de Fallon MacLeod, su líder.

—Si sigues así, muchacho, haré que te arrepientas de tus palabras —contestó Galen con una sonrisa.

Logan había sido una bendición del cielo para los guerreros. Era muy fácil sentirse deprimido y abatido cuando uno había perdido todo y la eternidad se extendía ante él; sin embargo, Logan siempre sabía cómo animar a la gente con una broma, una gracietta o una sonrisa. Su risa era contagiosa, y ya era bien conocido por sus divertidas historias.

Galen se alegraba de que lo acompañara en aquel viaje. Aunque Logan fingía despreocupación e indiferencia por su pasado, Galen sabía de primera mano que no era un guerrero a quien nadie quisiera tener en su contra. Porque, en el fondo, Logan ocultaba una vena de hostilidad y amargura que lo quemaba por dentro.

Logan esbozó una sonrisa torcida mientras volvía a mirar el lago.

—Galen, te aseguro que no me vendría mal una comida caliente. Comer en el castillo me ha hecho acostumbrarme a lo bueno.

—¿A ti? —Galen sacudió la cabeza con tristeza. Él no solo echaba de menos las deliciosas comidas, sino también la compañía que había encontrado en el castillo MacLeod—. Me preparaban mi propia rebanada de pan para que no tuviera que compartirla con ninguno de vosotros. Y hace días que no como una. Estoy deseando volver.

—Entonces, encontremos a esos druidas.

Galen sintió de nuevo aquel cosquilleo en la nuca, como si los estuvieran vigilando.

—Es hora de moverse.

—Sí —contestó Logan, y comenzaron a andar por el sendero que discurría por el borde de las montañas, rodeando el lago.

—Iríamos más rápido si nadáramos.

—Tal vez.

—Podría mover el agua y no te tendrías que mojar.

Galen miró a Logan, que esbozaba una sonrisa traviesa. Gracias a sus dioses, cada uno de los guerreros tenía un poder especial. Logan podía dominar los océanos. Cualquier masa de agua, ya fuera grande o pequeña, estaba a su merced.

La fuerza y la velocidad sobrenaturales, al igual que los sentidos agudizados, completaban las ventajas de los guerreros.

En cierta manera era una experiencia emocionante ser un guerrero, aunque saber que el mal residía en ellos y que podían asesinar con facilidad durante su vida inmortal hacía que esta fuera un infierno.

—No —dijo Galen—. Si movieras el agua, llamaríamos demasiado la atención. Además, corremos más rápido que los caballos. Estaremos en el otro lado del lago en un momento.

Logan resopló y se frotó la nuca.

—Quiero saber quién nos está vigilando.

—Sospecho que lo descubriremos muy pronto. Los druidas están cerca; podrían ser ellos.

—¿Durante casi todo el camino desde el castillo MacLeod? Lo dudo.

Galen recorrió con la mirada el paisaje accidentado, intentando decidir cuál era la mejor ruta.

—Sea quien sea, no se puede ocultar eternamente. Descubriremos quién está espiándonos, y por qué.

—Quiero ese privilegio —afirmó Logan con los dientes apretados.

Galen sintió cierta preocupación. Su compañero no solía acalorarse a menos que Deirdre los atacara. Ver que la ira chisporroteaba a su alrededor como un nubarrón era inusual. E inquietante.

Sin embargo, no tenía sentido preguntarle sobre ello. Solamente había una persona que podía hablar con Logan, y era Hayden. Logan y él habían establecido un vínculo en cuanto se conocieron y habían forjado una amistad que era tan profunda como los lazos de sangre.

Tal vez Hayden supiera algo que Galen desconocía. Después de todo, él había dado por supuesto que Hayden lo acompañaría en aquel viaje, ya que odiaba a los drough. Y como Isla era una drough, aunque contra su voluntad, viviría mucho más si Hayden no estaba cerca de ella, deseando matarla.

Al pensar en la druida morena, Galen se preguntó qué habría ocurrido desde que abandonaron el castillo MacLeod.

Parecía que Logan también estaba pensando en Hayden, porque preguntó:

—Lo que viste en la mente de Isla cuando la tocaste, ¿era tan malo como Hayden dijo?

—Peor. —Mucho peor de lo que nadie se podría haber imaginado. Lo había sorprendido incluso a él, y eso que había visto muchas cosas desde que su dios se había liberado—. Aunque he presenciado horrores mientras estuve en las mazmorras de Deirdre, lo que esta le hizo a Isla no te lo puedes ni imaginar.

Logan se quedó en silencio durante unos segundos.

—No me has preguntado por qué he venido yo en lugar de Hayden.

—Esperaba que fuera él quien me acompañara, pero me alegro de que hayas venido conmigo.

Logan seguía mirando al frente, así que Galen solo le podía ver el perfil.

—Hayden habría huido de Isla. Yo lo obligué a enfrentarse a ella.

—¿Por qué? Sabes lo mucho que odia a los drough. Podría matarla con la misma facilidad con que la mira.

—Ya lo viste cuando llevó el cuerpo maltrecho de ella al castillo. Viste lo protector que se mostraba.

—Y entonces descubrimos que era una drough.

Logan saltó por encima de un árbol caído y se encogió de hombros.

—Desde el momento en que Isla le pidió que la matara y él no lo hizo, supe que tenía que quedarse en el castillo. Isla lo necesita. Y él a ella.

Galen comprendía que Logan pensara así, y Logan conocía a Hayden mejor que nadie.

—Entonces, tal vez deberías haberte quedado, para recordárselo todo.

Hubo un silencio tenso antes de que Logan contestara:

—Tenía que alejarme de allí.

A Galen le sorprendieron tanto las palabras de Logan que, por un momento, solo pudo quedarse mirando a su amigo. A pesar de que tenía muchas preguntas que hacerle, al ver su expresión dura e inescrutable supo que, de momento, no conseguiría sonsacarle nada más.

Aunque quería saber lo que motivaba a Logan, sabía que era mejor no preguntar. Si lo hacía, Logan se sentiría libre de husmear en sus propios secretos. Y tenía muchos.

Y uno de esos secretos podía separarlo de los demás guerreros para siempre.

Había pasado la mayor parte de su vida como un guerrero apartado de los demás. Había renunciado a muchas cosas al darse cuenta del alcance que tenía su poder de leer las mentes.

Y, sin siquiera pretenderlo, había encontrado un hogar y una familia en el castillo MacLeod. No quería que nadie amenazara aquello.



Al día siguiente, Reaghan planeaba abandonar el único hogar que había conocido en su vida.

La pequeña aldea bullía con la actividad cotidiana, ajena e indiferente a la agitación que sufría uno de los suyos. Reaghan no quería marcharse. Era parte de aquella tierra, de la aldea y de su gente.

Sin embargo, ¿cómo podía ignorar la insistencia de sus propios sentimientos?

Era cierto que a los druidas que habían abandonado la aldea a lo largo de los años no se los había vuelto a ver, pero en el exterior había un mundo emocionante. Ella deseaba verlo y experimentarlo todo, aunque también le daba miedo irse.

No sabía lo que había ahí fuera. Sin embargo, sí sabía quién estaba ahí fuera: Deirdre.

Por no mencionar que los únicos hombres que quedaban en su grupo, cada vez más reducido, ya apenas podían mantenerse en pie sin ayuda. Ninguno de ellos podía ser un marido aceptable. Además, ya estaban casados.

Reaghan quería más de la vida, deseaba tener más cosas en su vida de las que tenía. No era infeliz con los druidas; de hecho, estaba muy contenta. Sin embargo, no podía ignorar esa parte de ella que quería y necesitaba más.

El ansia y la necesidad de ver y experimentar más cosas habían crecido en los últimos seis meses hasta el punto de que ya no podía ignorarlas. Era como si tuviera su futuro justo delante de ella y solo tuviera que alargar la mano para cogerlo.

Aun así, cada vez que había intentado hablar con Mairi de ello, la anciana se había apresurado a recordarle por qué la aldea la necesitaba.

Aunque Mairi y los otros mayores lo hacían de buena fe, Reaghan había tomado una decisión. A pesar de que tal vez le destrozara el corazón a la anciana, tenía que marcharse. Ahí fuera había algo que ella tenía que hacer, aunque todavía no sabía de qué se trataba.

Y luego estaba el pergamino. Reaghan lo había encontrado por casualidad en el baúl de Mairi. Era tan antiguo que los bordes se le habían deshecho entre los dedos al tocarlos. Las palabras, descoloridas, pertenecían al gaélico, una lengua que Reaghan nunca había leído. Sin embargo, de alguna manera, las había reconocido, las había comprendido.

Se sorprendió todavía más cuando leyó su nombre y descubrió que no procedía del lago Awe sino de un grupo de druidas de la montaña Foinaven.

No se mencionaba a sus padres, ni el motivo por el que la habían separado de ellos y enviado al lago Awe. ¿Habían muerto? ¿Tenía ella otra familia?

A pesar de que solo eran unas cuantas frases, solo unas palabras en el pergamino, le suscitaron más preguntas.

Se había hecho tantas que la cabeza le daba vueltas con la desconfianza y las suposiciones. Mairi había sido como una madre para ella y quería darle a la anciana una oportunidad para que se lo explicara todo.

Como de costumbre, Mairi le había respondido con evasivas a sus primeras preguntas, y Reaghan tenía la sensación de que, si mencionaba el pergamino, la vieja mentiría. Y no podría soportarlo. Por alguna razón, Mairi y los demás mayores pensaban que tenían que mentirle sobre su pasado. ¿Por qué? ¿Qué podía ser tan espantoso?

Reaghan quería saber la verdad, fuera cual fuera.

Y la anciana no se la iba a contar. Ni siquiera iba a poder atisbarla. Aunque había preguntado por sus padres muchas veces, Mairi le había dado siempre la misma respuesta que le había dado a lo largo de los años: que la habían encontrado y le habían curado una fiebre.

Entonces empezó a cuestionarse todo lo que los ancianos le contaban. Le habían estado mintiendo durante años sobre su procedencia. ¿Sobre qué más le habrían mentido?

Reaghan había guardado el pergamino junto a sus cosas y había empezado a planear la búsqueda de los druidas y del hogar al que pertenecía. Era un buen lugar para comenzar, y tal vez consiguiera dejar de tener la sensación de que había algo que debía hacer.

Por la mañana abandonaría el refugio seguro que había tenido durante diez años y emprendería su propio camino en un mundo desconocido.

Al día siguiente, todo cambiaría. Para bien o para mal. Tenía miedo, pero estaba expectante, nerviosa y llena de júbilo. Era el comienzo de una nueva vida, una a la que pretendía agarrarse con ambas manos y disfrutar al máximo. Sin importar las consecuencias.

Tenía sueños que deseaba cumplir, como todo el mundo, aunque no quería mucho. Quería ser feliz, encontrar un hombre con quien pudiera

compartir su vida y formar una familia. Quería tener niños que llenaran su vida de risas y recuerdos.

Dejó de soñar despierta cuando alguien se tropezó con ella. Parpadeó y se concentró en las personas que la rodeaban y que estaban en el medio de la pequeña aldea. Mairi sacudió la cabeza con frustración mientras la chica comenzaba a decir que tenían que cazar para conseguir comida.

El martilleo comenzó en la nuca de Reaghan y le subió hasta las sienes, aumentando con cada latido del corazón. No sabía por qué le había empezado a doler de aquella manera la cabeza durante el último mes, y temía que no tuviera cura.

Se llevó una mano a la frente. Sentir la frescura en la piel le proporcionó algo de alivio. Aunque intentó ocultar la mueca de dolor dándose la vuelta, los ojos de color castaño de Mairi eran agudos, a pesar de su edad.

—Te está doliendo otra vez, mi niña. Tienes que descansar.

Las manos suaves y reconfortantes que habían ayudado a curarla de la fiebre tanto tiempo atrás la agarraron por los brazos y la guiaron a su cabaña.

Aunque a aquella estructura no se la podía llamar cabaña. Sin un emplazamiento fijo, los druidas habían ido estableciendo sus viviendas en los alrededores del lago Awe durante años, hasta que los más jóvenes habían empezado a marcharse. Solo se habían quedado los de más edad y algunos otros que no querían abandonar la belleza y la seguridad del lago. Fue entonces cuando, cientos de años atrás, los druidas decidieron crear una aldea permanente, oculta al resto del mundo gracias a la magia, y que se confundiera con los alrededores.

Reaghan apoyó la mano en el tronco del enorme roble que se levantaba en el medio de su hogar. Levantó la mirada hacia las ramas del noble árbol, que servían para sostener el techo, el cual estaba cubierto de hojas y enredaderas para protegerlos de los elementos. Unas ramas largas se habían talado para unirlos con las enredaderas y formar así las paredes. Ese hábil uso de los árboles, unido a la magia, creaba la ilusión de que las cabañas se confundían con el bosque.

Todos los druidas aprovechaban lo que la naturaleza les ofrecía para levantar sus hogares. Muchos viajeros pasaban por delante de la aldea sin verla.

—Siéntate —le ordenó Mairi. Su tono de voz no admitía discusiones.

Reaghan dejó que la anciana la ayudara a sentarse en una silla. El dolor de cabeza siempre empezaba suavemente e iba creciendo en intensidad. Y cada día era más fuerte y duraba más. Ella sabía que estaría débil durante horas, sin tener control sobre su cuerpo.

Algo no iba bien. Reaghan lo sabía en el fondo de su ser. Sin embargo, no importaba a quién ni qué preguntara, porque nadie tenía respuestas. Tal vez los dolores de cabeza estuvieran relacionados con la fiebre de la que Mairi la había salvado tanto tiempo atrás y de la que nadie quería hablarle.

—Se me pasará —afirmó Reaghan, y cogió el paño húmedo y fresco que la anciana le tendía. Se lo puso en la frente y suspiró. El simple hecho de hablar hacía que empeorara el dolor. Era tan horrible que ni siquiera podía apretar los dientes.

Le pareció que pasaban años mientras luchaba contra el dolor, concentrándose en no vomitar. Entonces, igual de rápido que había aparecido, desapareció. Se quedó inmóvil durante un buen rato, temerosa de que la cabeza empezara a martillarle de nuevo. Se sentía débil y lo único que quería hacer era acostarse y dormir.

Por fin, dejó caer el paño y levantó la cabeza.

—Se ha ido.

—Por ahora —murmuró Mairi. Desvió la mirada, llena de preocupación, a la mesa, y comenzó a golpear la madera con una uña—. ¿Ha sido muy fuerte?

—He podido soportarlo.

Mairi sonrió con tristeza y tomó el rostro de Reaghan entre sus manos.

—Mi querida niña, no es eso lo que te he preguntado.

—Ha sido peor que el de ayer.

La anciana bajó la cabeza y apartó la mirada, pero ella pudo ver la resignación en sus ojos castaños.

—Tú sabes lo que me está ocurriendo, ¿verdad?

Mairi dejó escapar el aire lentamente.

—Reaghan, a veces es mejor no conocer las respuestas a todas las preguntas.

Aquello era demasiado. La muchacha se levantó y rodeó a Mairi. Necesitaba estar sola. A pesar de que se sentía débil, no podía quedarse con la anciana ni un momento más. Quería disponer de algo de tiempo solo para ella.

—Me voy a dar un paseo.

—No comprendes que te necesitamos, ¿verdad, Reaghan? Cada año somos menos. Me temo que, algún día, yo seré la única que quede aquí.

A Reaghan se le encogió el estómago al oír esas palabras y se detuvo cerca de la puerta. Comprendía que la aldea sintiera pánico al ver que el número de sus miembros se reducía.

—Lo que tenga que ser, será —dijo sin darse la vuelta.

Salió de la cabaña y atravesó lo que los veintitrés druidas que quedaban llamaban aldea sin aminorar el paso. No se detuvo ni siquiera cuando Braden, el único niño, la llamó para que fuera a recoger bayas con él.

Empezó a sentirse como una boba. Allí estaban ocurriendo muchas más cosas, no se trataba solo de sus dolores de cabeza. Había estado soñando con imágenes que no podía explicar, aunque se sentía como si las hubiera visto con sus propios ojos. Gente. Lugares. Acontecimientos. No había vivido nada de eso y, aun así, sabía que sí lo había hecho. De alguna manera.

Era ilógico. Nunca había salido del lago Awe. ¿Cómo entonces podía haber visto un magnífico castillo sobre los acantilados o la cumbre de una montaña en la que, de alguna forma, sabía que habitaba el mal?

Se detuvo junto a un pino, apoyó una mano en la corteza rugosa e inspiró profundamente. Los rayos del sol se filtraban entre las ramas y las hojas y creaban en el suelo unos dibujos vívidos que a Reagan siempre le habían fascinado. Pero no aquel día. El aroma a pino, a las hojas en descomposición y el olor dulzón de alguna flor no la calmaban como solían hacer.

La ansiedad que sentía crecía cada día y la inundaba, impidiéndole cerrar los ojos por la noche. Una parte de ella le gritaba que tenía que marcharse cuanto antes, antes de... no sabía de qué. Solo sentía que algo estaba a punto de ocurrir.

Sabía que con los druidas estaba a salvo. Aunque no respondían a sus preguntas, le habían dado amor y amistad desde que se había despertado de la fiebre.

En la aldea se sentía segura. Sabía que existía Deirdre y que cazaba a otros druidas y, aun así, deseaba saber de dónde provenía. Tal vez todavía tuviera familia en la montaña Foinaven.

Sacudió la cabeza e intentó tragar el doloroso nudo que sentía en la garganta cada vez que pensaba en abandonar el lago Awe y a los druidas.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos al oír la aguda llamada de un halcón. Era como si el ave rapaz gritara por ella, la llamara a ella.

Aquel pájaro tenía magia, Reagan estaba segura. No sabía cómo ni por qué, pero así era.

Observó al magnífico pájaro sobrevolar el lago y descender en picado entre los árboles. Los halcones eran unas aves majestuosas y, el peregrino, la más rápida. Se movía con arte y gracia, con precisión e intenciones mortíferas.

El ave aterrizó en una rama alta y gruesa de un árbol que no estaba lejos de ella y plegó las alas contra su elegante cuerpo. Reagan podría

haber jurado que los agudos ojos del ave se giraban hacia ella mientras inclinaba a un lado la cabeza negruzca.

Se sintió decepcionada. Habría preferido ver cómo volaba. Podría haber fingido que ella era el halcón y, su única prisión, la vasta extensión del cielo.

Suspiró, bajó la mirada y se quedó helada. Vio a dos hombres en la orilla del lago. Hundió los dedos en la corteza del pino con el corazón latiéndole frenéticamente y sintió que el estómago le daba un vuelco.

Los hombres miraban despacio a su alrededor, como si estuvieran buscando algo... o a alguien. Ella permaneció dentro de los límites mágicos de la aldea. Mientras se quedara dentro, los hombres nunca la verían. No estaba segura del motivo, pero se lamentaba por ello.

—Llevamos cuatro horas buscando —murmuró uno de ellos.

El rubio asintió.

—Lo sé. Sin embargo, no pienso rendirme.

Al mirar sus tartanes, que eran diferentes, Reagan supo que no pertenecían al mismo clan. ¿Serían viajeros, tal vez? ¿Qué estaban haciendo en el lago Awe esos hombres tan atractivos, a menos que se dirigieran al castillo MacIntosh? ¿Y qué estaban buscando?

Muchas veces había visto viajeros y había deseado hablar con ellos. ¿Qué daño podría hacerle? Se iba a marchar por la mañana, cuando hubiera recogido el resto de sus cosas. ¿Qué mejor manera de probar lo que le esperaba que hablando con unos desconocidos cerca de la seguridad de la aldea?

¿Y si son hombres de Deirdre?

Volvería a entrar en la barrera mágica y observaría cómo los hombres, confundidos, la buscaban.

Una vez tomada la decisión, dio un paso y salió de la magia. Los hombres giraron de inmediato la cabeza hacia ella y la miraron en silencio y con atención.

No le preocupaba que los hombres vieran la aldea. Todavía. Por el momento, parecían contentarse con mirarla a ella. Aunque parecían bastante afables, Reagan sabía que no debía fiarse de las apariencias. Todo el mundo ocultaba algo.

—Hola —dijo el que estaba más cerca de ella, y sintió que se quedaba sin respiración.

Tenía una voz suave y agradable. Su sonido hizo que la sangre le circulara más rápido y deseó oírla de nuevo. Llevaba el espeso cabello rubio oscuro atado en una coleta que le caía desde la nuca.

Estaba a unos veinte pasos de ellos y aun así podía ver el vibrante color cobalto de sus ojos. La forma que tenía de observarla le ponía la piel de gallina y un estremecimiento la recorrió de la cabeza a los pies.

Estaba parado con los brazos a los costados, aparentemente tranquilo, a pesar de los tensos músculos que ella veía en sus brazos y en su pecho. Tenía una elegancia depredadora que le decía a Reaghan que defendería lo que era suyo. A muerte.

Incapaz de contenerse, paseó la mirada por sus facciones, que parecían cinceladas. Tenía la frente alta y las cejas eran finas y doradas. Las mejillas estaban un poco hundidas, la barbilla era fuerte y la mandíbula cuadrada. Una sombra de barba lo hacía más interesante, más peligroso.

Más tentador.

Reaghan intentó tragar y pensar en otra cosa que no fuera el hombre varonil y atractivo que tenía delante. Sabía que estaba siendo grosera al no contestarle y quedarse mirándolo, aunque, ¿qué otra cosa podía hacer? Era todo lo que un guerrero de las tierras altas debía ser.

Tenía los labios ligeramente curvados en una sonrisa, como si supiera lo que ella estaba pensando. Reaghan quería acercarse más, tocar su piel y pasarle las manos por el pelo.

Ansiaba sentir su fuerza y acariciarle los músculos con la mano. Deseaba pasarle las yemas de los dedos por los labios y perderse en las profundidades de sus sorprendentes ojos azules.

Cuanto más pensaba en tocarlo, en memorizar su cuerpo, más le latía la sangre en los oídos como si fuera un tambor.

Era como si por primera vez en su vida estuviera viva de verdad. Era consciente de sonidos a los que antes no había prestado atención, aromas que antes no había detectado la envolvían y los colores del bosque y del lago parecían más brillantes, más efervescentes que de costumbre.

Y todo por un hombre.

Tomó aire entrecortadamente y guardó sus anhelos dentro de sí. Pensaría más tarde en su reacción a aquel hombre, cuando estuviera en la intimidad de su cabaña y esos ojos de color cobalto no la observaran, descubriendo todas sus emociones.

—Hola—respondió finalmente. Sabía que los mayores no lo aprobarían. Sin embargo, había pasado mucho tiempo desde que había visto a otras personas que no eran de la aldea, sobre todo a hombres en edad casadera.

—¿Vives por aquí?—preguntó el otro hombre.

De mala gana, Reaghan apartó la mirada del primer hombre para posarla en el segundo. Su cabello castaño ondulado le caía libremente sobre los hombros. Su sonrisa era más amplia, más burlona, pero ella vio una oscuridad acechando en sus ojos avellana, una oscuridad que intentaba ocultar con bravura. Era igual de alto que el primero y con la misma complexión, aunque más delgado.

Se humedeció los labios y por primera vez la invadió la urgencia de ser cauta. La precaución aplastó la recién descubierta emoción. No conocía a aquellos hombres, no sabía de dónde procedían ni lo que querían. ¿Era ese miedo lo que experimentaría cuando abandonara la aldea?

—Muchas personas viven en el lago Awe.

—Me llamo Galen Shaw —se presentó el primer hombre, que habló con calma y despreocupación—. Y mi amigo es Logan Hamilton.

Al conocer sus nombres se sintió algo menos temerosa. Estaba solo a un paso de la seguridad y de los druidas, que acudirían rápidamente dispuestos a usar la magia, aunque esta fuera insuficiente. Eso le dio el valor de preguntar:

—¿Y qué os trae a nuestro lago, Galen Shaw?

Él sonrió y Reaghan sintió que un estremecimiento la recorría al ver que se formaban pequeñas arrugas en los bordes de sus ojos.

—Estamos buscando druidas.

—¿Druidas? —El corazón de Reaghan revoloteó como una mariposa atrapada en una red. A eso se referían cuando dijeron que llevaban horas buscando.

Cuando miraba el increíble cuerpo de Galen le costaba respirar y pensar pero, al escuchar la mención de los druidas, casi se atragantó. Nadie hablaba de ellos.

—¿No sabéis que ya no quedan druidas? A los que proclamaban serlo los quemaron por considerarlos paganos.

Logan se acercó hasta quedar a la misma altura que Galen y le guiñó un ojo.

—Por supuesto, señora, aunque sabemos la verdad. Hay druidas por aquí, y es muy importante que hablemos con uno.

Ella se preguntó qué harían si les dijera que era una druida. Era verdad, aunque no tenía magia. Era lo que ocurría cuando la sangre druida se diluía con la de quienes no tenían magia. Y era lo que le estaba ocurriendo lentamente a su gente, una de las razones por las que tanto se empeñaban en mantenerla entre ellos.

—Caballeros, me temo que estáis equivocados. No ha habido druidas por aquí desde hace siglos.

—Tenemos pruebas —replicó Galen.

Aquello se estaba poniendo interesante, tal vez demasiado. A pesar de que sabía que debería despedir a los hombres, Reaghan se estaba divirtiendo mucho. Además, le encantaba cómo revivían su cuerpo y sus sentidos ante Galen.

—¿Qué pruebas?

—Otra druida nos ha enviado.

Galen sacó un pergamino enrollado de su falda escocesa y lo extendió para que ella lo viera. Reaghan vio que era un dibujo del lago. Levantó la mirada hacia él y descubrió que la estaba observando con atención.

—Eso solo demuestra que alguien ha estado en el lago y que sabe dibujar.

—Cierto. Si no fuera porque ha sido una druida quien nos ha dicho que aquí podríamos encontrar la aldea de los druidas —dijo, y señaló en el mapa el lugar en el que se asentaba la aldea.

Reaghan no sabía qué decir. Su gente llevaba mucho tiempo pensando que no quedaba ningún druida más en el mundo, que ellos eran los últimos. El pergamino que ella había encontrado demostraba que había habido otros. Sin embargo, no había ninguna prueba de que todavía existieran.

Quería saber. Necesitaba saber. Si había más druidas, iba a encontrarlos.

—Reaghan.

Sorprendida, giró la cabeza para encontrarse con Odara, una de los tres mayores, a su izquierda. Odara parecía un soldado encorvado, con los hombros caídos echados hacia atrás y la cabeza, aunque con el cabello rojizo ya entrecano, bien alta. Como estaba en la parte más elevada de la ladera, al mirar hacia abajo podía observar a los hombres con sus ojos verdes.

—Estos hombres dicen estar buscando una aldea druida —le contó Reaghan.

Galen asintió y volvió a señalar la situación en el mapa.

—Una druida nos ha enviado. Isla nos prometió que encontraríamos una aldea druida aquí.

Durante varios segundos Odara los escrutó con la mirada. Su mirada verde se posó primero en Galen y después en Logan.

Fue este último quien rompió el silencio.

—Podemos sentir vuestra magia. Sabemos que hemos encontrado a los druidas.

A Reaghan comenzó a latirle la sangre ensordecedoramente en los oídos al oír esas palabras. ¿Podían sentir la magia de los druidas? ¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Qué querían de los druidas? De repente empezó a dudar de haber hecho bien al hablar con ellos. ¿Acababa de ponerlos a todos en peligro?

—Por favor —le pidió Galen—. Nos gustaría hablar con los mayores. Es extremadamente importante.

Odara suspiró y se agarró las manos al frente.

—¿Esperas que crea tus palabras, joven? ¿Que podéis sentir la magia?

Logan tosió para disimular la risa y Galen le echó una mirada de advertencia. Reaghan no podía dejar de observarlos. Era fascinante la manera en la que interactuaban. Los jóvenes de su aldea se habían marchado hacía mucho tiempo, así que todo aquello era nuevo para ella.

—¿Joven? —oyó que Logan decía en un susurro entrecortado.

No tenía ni idea de por qué a Logan le parecía tan divertido, aunque era evidente que así era.

—No estoy mintiendo —le dijo Galen a Odara—. Estamos aquí porque queremos enfrentarnos a Deirdre.

En cuanto oyó mencionar aquel nombre, Odara inspiró entrecortadamente y empezaron a temblarle las manos. Miró a su alrededor, como si en cualquier momento Deirdre fuera a aparecer desde detrás de un árbol.

—¿Qué sabéis de ella?

—Demasiado —murmuró Logan con furia.

Esa única palabra, pronunciada con repulsión y un poco de ansiedad, fue suficiente para que Reaghan los creyera. Aunque no fue solo por eso. Siempre había tenido la capacidad de saber si alguien le estaba mintiendo al mirar a esa persona a los ojos. Y Galen y Logan no mentían. Sobre nada.

Se sentía cada vez más intrigada. Había oído historias sobre Deirdre, la drough que quería dominar el mundo. Era una de las razones por las que su aldea estaba oculta y por las que eran tan cautelosos con los desconocidos.

—Odara, creo que deberíamos escucharlos —susurró Reaghan.

La anciana, que conocía la habilidad de la chica, dejó escapar el aire lentamente y miró a Galen y a Logan.

—Quedaos con Reaghan. Yo volveré enseguida.

En cuanto Odara se alejó, Reaghan abrió la boca para empezar con sus múltiples preguntas. Quería aprender todo lo que pudiera antes de que regresaran los mayores y acapararan la atención de los hombres.

—Fue tu magia la que sentimos.

Las palabras de Galen detuvieron todas las preguntas que deseaba hacer. La capacidad de discernir la verdad de la mentira no era magia. Había intentado hacer magia, y no tenía nada.

—Estáis equivocados. Yo no tengo magia.

Sobre ellos, el halcón dio un chillido agudo y su llamada estridente reverberó en el bosque y en el lago. Reaghan apenas se fijó en el ave; estaba demasiado conmocionada por lo que había dicho Galen. Deseaba que fuera su magia la que habían sentido, pero sabía de primera mano que dentro de ella no había magia alguna. Era una druida sin poder.

Era una pena. Le habría gustado ser parte del asunto que había llevado a Galen y a Logan a la aldea. El hecho de participar en algo importante la atraía de una manera incomprensible.

Sin embargo, no importaba. Por mucho que los hombres la cautivaran, en cuanto el resto de las mujeres vieran a los recién llegados, a ella la olvidarían. Y eso era lo mejor, sobre todo porque estaba a punto de iniciar su propia aventura.

Todo estaba saliendo a la perfección. Mairi y los otros mayores estarían ocupados con Galen y Logan y ella podría marcharse sin armar ningún escándalo. No le gustaba nada la perspectiva de una larga despedida.

—Nunca nos equivocamos —afirmó Logan, sacándola de sus pensamientos.

La mirada azul brillante de Galen se posó en ella. Reaghan se sintió atrapada, y no le importó.

—Tu magia es muy fuerte. Lo que ocurre es que todavía no lo sabes.



Galen no podía apartar los ojos de Reagan. Lo último que esperaba encontrar mientras buscaban a los druidas era a una mujer tan atractiva y tan imponente que por un momento pensó que se había vuelto loco.

En cuanto la hubo visto, en cuanto sus increíbles ojos grises se fundieron con los de él, surgió una atracción instantánea. Apremiante. Devoradora.

Galen nunca había sentido algo que pareciera tan... apropiado.

Cuando ella por fin habló con una voz dulce y sensual, supo que era real. Por eso y porque Logan parecía tan desconcertado como él.

Lo primero en lo que se fijó fue en su llamativo cabello caoba, que le caía sobre los hombros y por la espalda en rizos rebeldes. Después su mirada se había encontrado con la de los intensos ojos grises de ella y se había sentido perdido.

Reagan lo miraba de una forma que lo abrasaba, las llamas del deseo lo dominaban. Los testículos se le endurecieron. No podía respirar ni pensar, solo era capaz de admirar a la mujer más hermosa que había visto en toda su vida.

No era solo por su aspecto exótico, sino por cómo se comportaba, de manera majestuosa y desenvolviéndose con elegancia. Lo primero que pensó fue que debería estar sentada en algún trono, no viviendo entre los árboles. Y, sin embargo, el bosque le daba la bienvenida, como si se hubiera abierto a ella para convertirse en su hogar.

Aun estando lejos se dio cuenta de que era bastante alta para ser mujer. Su sencillo vestido de color crema no hacía nada por ocultar las curvilíneas formas de su cuerpo, desde los pechos a la estrecha cintura, pasando por las generosas caderas.

Sin embargo, era su rostro lo que le dejaba sin respiración. Tenía los ojos grandes y expresivos y una cara con forma de corazón. Las cejas, de un color un poco más oscuro que el del cabello, contribuían a su encanto. Sus pómulos eran altos y los labios, carnosos y seductores, pedían a gritos que los besara.

Se imaginó acariciando su piel sedosa y apretándola contra él para sentir su calor y su suavidad.

Se maldijo por dentro, a sí mismo y a su dios. No podía tocar a Reaghan por mucho que lo deseara. Sabía lo que ocurriría si lo hacía y no quería pasar por ello, ni hacer que ella lo sufriera. Estaba en la aldea para promover su causa y debía recordárselo. No importaba que Reaghan fuera lo más encantador que había visto en su vida y, seguramente, que vería.

Le sorprendió averiguar que negaba su magia, pues en cuanto la vio supo que la magia que había sentido desde que llegaron al lago era suya. Y era increíblemente potente. Latía a su alrededor, protegiéndola. Era tan fuerte que Galen se preguntó cuál sería más poderosa, si la suya o la de Isla.

—¿Cómo es posible que ella piense que no tiene magia? —susurró Logan.

Galen se encogió de hombros, no lo sabía, pero pretendía descubrirlo. Dio un paso hacia ella y, aunque Reaghan enarcó una ceja con un gesto interrogativo, no retrocedió.

—¿Por qué dices que no tienes magia?

—Porque no la tengo. He intentado hacer magia como los demás innumerables veces y no ha ocurrido nada. Es lo que pasa cuando los druidas se casan con otros. La magia se va diluyendo hasta que no queda nada.

Antes de que Galen pudiera responder, la druida regresó junto con otras dos. Los guerreros habían tardado horas en encontrar la aldea y Galen sabía que, si Reaghan no se hubiera mostrado ante ellos, todavía seguirían buscando. Debía de haber magia protectora encubriendo la aldea. Eso explicaría que pudieran sentir la magia sin ver el asentamiento ni a los druidas.

Galen inclinó la cabeza en reconocimiento hacia las mayores y, aunque estaba ansioso por regresar al castillo MacLeod, quería tener la oportunidad de pasar unos momentos a solas con la hermosa Reaghan.

—Como le he dicho a Reaghan, soy Galen Shaw. Y este... —Señaló a Logan—. Es Logan Hamilton. Hemos venido buscando druidas.

—Eso me han dicho —dijo una de las druidas que tenía cabello oscuro salpicado de canas.

Galen pensó que debió de ser bastante atractiva de joven, pero que el tiempo y la tensión de luchar contra Deirdre habían hecho mella en ella.

Inspiró profundamente.

—Soy Mairi, una de las mayores, como supongo que habréis deducido.

Logan dio un paso hacia delante y sonrió.

—Gracias por recibirnos.

Mairi señaló a su derecha.

—Esta es Odara, y a mi izquierda está Nessa. ¿Qué os hace pensar que habéis encontrado druidas?

Galen sacó el mapa y lo desenrolló.

—Venimos del castillo MacLeod.

—¿MacLeod? —murmuró Nessa, y se puso pálida.

—Sí —contestó Logan.

Galen levantó el mapa para que las tres, además de Reaghan, pudieran verlo.

—Tenemos druidas en el castillo y una de ellas usó su magia para decirnos que aquí encontraríamos un grupo de druidas.

Odara levantó la barbilla y los miró con sus ojos verdes llenos de desconfianza.

—¿Cómo sabemos que no os ha enviado Deirdre?

—Por una parte, habría wyrran con nosotros si lo hubiera hecho —respondió Logan—. Por otra, Deirdre no es de las que apelan a la diplomacia.

Galen asintió.

—Ahora mismo está buscando druidas, y bien podría enviar aquí a sus wyrran. El tiempo es oro.

—No hemos venido para haceros daño —afirmó Logan, y miró a cada una de las mayores a los ojos—. Hemos venido buscando información, y para ayudaros si nos permitís hacerlo.

—¿Qué pueden hacer solo dos hombres? —se burló Mairi—. Ni siquiera lleváis espadas.

Galen y Logan intercambiaron una mirada. Isla les había aconsejado que no les dijeran a los druidas que eran guerreros. Ya eran suficientemente escépticos y no hacía falta echar más leña al fuego.

—Nos las arreglamos bien —contestó Galen—. Ninguno de vosotros sufrirá ningún daño mientras estemos aquí. No es necesario que finjáis que no sois druidas. Sabemos que lo sois.

Nessa se rió, aunque su risa fue seca y sin humor.

—¿Creéis que os vamos a dejar entrar en la aldea? Debéis de estar locos.

Galen miró a Reaghan. Esta frunció el ceño y posó su mirada en él.

—Hemos venido buscando información sobre un amuleto, una reliquia que ha pasado de generación en generación y que podría usarse contra Deirdre. ¿Sabéis de lo que estoy hablando?

Mairi juntó las manos a la altura de la cintura.

—Si lo supiéramos, ¿por qué habríamos de decíroslo?

Logan maldijo en voz baja y se pasó una mano por el cabello.

Galen no pensaba rendirse tan fácilmente.

—Estamos librando una batalla contra la drough más poderosa de todos los tiempos. Aunque Deirdre posee una magia muy potente, tiene que haber una manera de librarse de ella y del mal. Vuestra raza está sufriendo y, poco a poco, se está extinguiendo. Ayudadnos a luchar contra Deirdre. Ayudadnos a ganar —les pidió.

—No permitimos la entrada de desconocidos a nuestra aldea —dijo Nessa, y se sorbió la nariz.

Mairi dejó escapar el aire lentamente.

—Vuestras palabras son difíciles de creer. Aunque me gustaría hacerlo, no puedo.

—¿Qué prueba necesitáis? —preguntó Logan.

Nessa resopló.

—Ninguna.

Galen sintió que se le estaba agotando la paciencia. Sabía que acceder a la aldea sería difícil.

—¿No es prueba suficiente que tengamos una druida que nos haya dicho dónde encontraros?

—Desearía que así fuera —murmuró Mairi—. Reaghan, ¿qué sientes?

La chica giró la cabeza hacia las mayores.

—Dicen la verdad, Mairi.

Mairi y las otras dos se juntaron más, inclinaron las cabezas y empezaron a susurrar. Con su finísimo oído Galen las oyó discutir sobre si debían dejarlos entrar o no. No confiaban en él ni en Logan, así que debían tener mucho cuidado. Sin embargo, fue la afirmación de Reaghan lo que los ayudó.

Las mujeres se separaron y Mairi se adelantó.

—Aunque va contra nuestra costumbre de mantener la aldea en secreto, os permitiremos entrar porque queremos que Deirdre desaparezca. Reaghan os ha mirado a los ojos y ha visto la verdad.

—Se os permitirá estar en la aldea hasta mañana —intervino Odara. Su rostro surcado de arrugas dejaba entrever su furia—. Después, deberéis marcharos.

Galen asintió para mostrar su acuerdo. A pesar de que una noche no era tiempo suficiente, era mejor que nada.

—Gracias.

Por mucho que Galen quisiera celebrar aquella pequeña victoria, en realidad no habían conseguido nada. Los druidas seguían sin confiar en ellos y no habían admitido que tuvieran el objeto.

—¿De cuánto podremos enterarnos en tan poco tiempo? —preguntó Logan mientras seguían a las tres mayores.

De repente, Reaghan apareció junto a Galen.

—De no mucho, me temo. Debéis ganáros su confianza para saber más cosas o para quedaros más tiempo.

—¿Cómo? —preguntó Galen.

—Eso no puedo decíroslo.

Logan sacudió la cabeza y apretó los labios en una fina línea.

Galen acortó sus zancadas para poner más distancia entre las mayores y ellos.

—¿Qué quería decir Mairi cuando dijo que nos habías mirado a los ojos y habías visto la verdad?

—Es algo que puedo hacer —contestó Reaghan, y se encogió ligeramente de hombros—. Si miro a una persona a los ojos cuando está hablando, puedo saber si está mintiendo o no.

—Eso es muy práctico —admitió Logan.

Galen se mostró de acuerdo.

—¿Cuándo fue la última vez que los mayores permitieron entrar a alguien en la aldea?

—Nunca, que yo recuerde. Pero eso son solo diez años —respondió Reaghan.

—¿Solo diez años? —repitió Logan, y frunció el ceño—. ¿Qué ocurrió hace diez años?

Reaghan encogió uno de sus delgados hombros. Frunció el ceño y su cuerpo se tensó.

—Contraí una fiebre que mató a muchos druidas. Mairi estuvo a mi lado todo el tiempo, hasta que me curé.

—¿Y tu familia? —le preguntó Galen—. ¿Está aquí?

—No recuerdo a mi familia. De hecho, no recuerdo nada de mi vida anterior al momento en que me desperté de la fiebre. Mairi me dijo que era mejor que no lo recordara. —Reaghan apretó los labios tras pronunciar aquellas palabras.

—Tal vez crea que es mejor enterrar el pasado —dijo Galen.

Ella lo miró a los ojos durante un momento y después giró la cabeza.

—Esta gente es mi familia y no permitiré que nadie les haga daño. Os han permitido entrar. Si queréis más información, como habéis dicho, deberéis ganáros su confianza.

Galen no dejaba de recorrer el bosque con la vista. No le sorprendería si los druidas tenían a alguien vigilándolos.

—Agradecemos que los mayores nos hayan permitido entrar en la aldea. Hemos tenido mucha suerte al encontrarlos.

Reaghan lo miró con sus intensos ojos grises, como si le estuviera buscando el alma para descubrir la verdad. Durante un breve instante Galen deseó alargar la mano y tocarla, apretarla contra él y abrazarla.

Sin embargo, no podía hacerlo, y no lo haría. No deseaba ver sus pensamientos y estaba seguro de que, si la tocaba, lo haría. Mientras que otros guerreros se esforzaban por aprender a usar sus poderes sin liberar a los dioses, él luchaba por evitar que su poder se inmiscuyera en su vida.

Hasta el momento, no lo había conseguido.

Con el más mínimo roce Galen veía la mente de cualquiera. Y no quería tener ese tipo de conocimiento. Las mentes de los demás eran privadas.

El deseo, la tristeza, la furia, la pena que veía podían ser emociones tan intensas que lo destrozaban. El hecho de no ser capaz de tocar a alguien, de abrazar a una persona, de sentir el consuelo de una mano o la pasión de un beso sin que su poder se entrometiera lo había apartado de todo el mundo.

Vivía siempre haciendo todo lo posible por no tocar a nadie a menos que fuera necesario. Incluso cuando luchaba contra los wyrran veía sus mentes perversas, el mal en el que pretendían envolver el mundo.

A pesar de que aquello lo dejaba asqueado y enfermo, lo soportaría si eso significaba que murieran más wyrran.

Galen se detuvo al ver los pilares de piedra, muy parecidos a las estructuras que salpicaban muchas islas escocesas.

—Son hermosos, ¿verdad? —dijo Reaghan—. Siempre me sorprendo cuando los veo.

Los pilares eran la mitad de un roble de grandes y tenían una gruesa losa de piedra colocada sobre ellos. Estaban cubiertos con los textos antiguos de los celtas y, entremezclados con las palabras, había intrincados diseños que envolvían las piedras mostrando un magnífico y espléndido despliegue de artesanía.

—Increíble —murmuró Logan.

Reaghan sonrió y dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—¿Quién los ha hecho? —preguntó Galen.

Ella se encogió de hombros.

—Por lo que sé, llevan siglos aquí.

—¿Hay alguien en la aldea que pueda leer lo que pone?

—¿Puedes tú?

Galen miró a Logan y se arriesgó a contarle a Reaghan una verdad a medias a pesar de la curiosidad que sentía porque ella no le hubiera respondido. Si querían encontrar el talismán, necesitaban que alguien de la aldea estuviera de su parte.

—Un poco.

—¿Qué dice?

Logan se aproximó a la piedra que tenía más cerca y señaló la parte superior.

—Dice que el lago Awe y los alrededores están protegidos por la magia de los druidas, y hacer el mal despertará la magia.

Los ojos plateados de Reaghan brillaban por la emoción.

—¿Y el resto?

—Necesitaremos más tiempo para descifrarlo —dijo Galen.

—Interesante. —Reaghan sonreía ampliamente y su cara se iluminó con un cálido resplandor.

Galen sintió como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Vamos —dijo ella—. Es hora de que conozcáis la aldea.

Galen la observó mientras caminaba entre los pilares y supo que, de alguna manera, las piedras eran responsables de ocultar a los druidas.

—¿Estás bien? —le preguntó Logan a Galen.

—Sí. ¿Por qué lo dices?

Logan resopló y le sonrió con ironía.

—Porque te he visto la cara cuando Reaghan ha sonreído. Si la encuentras atractiva, no hay razón por la que no puedas disfrutar con ella, si te lo permite.

—Si fuera tan sencillo, amigo mío... Si fuera tan sencillo...